

*Gouvenho casual del Sr. del
allargo de los Reales del Mariscal
Sr. Historico, y curioso
mirraro*

EL DIARIO



EDICION DEDICADA AL
GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

SEPTUAGÉSIMO OCTAVO ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE PICHINCHA

Quito, Mayo 24 de 1900

GLORIA A SUCRE

DE CUERPO ENTERO

(Por el Sr. Dr. D. Carlos R. Tobar).

ERASE el General de mediana estatura, aunque más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas de los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprenden que la *empretecieron* los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y perfectas; los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla en que se encendían y relampagueaban; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de rasura, á que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo lijeramente marcado, rara vez se acentuaba para mostrar el rostro ceñudo. *Sonreíase* con alguna frecuencia, pues era hombre vivo é insinuante, y descubría los dientes blancos é iguales. No reía sino difícil y momentaneamente: nunca fue propenso á las ruidosas demostraciones de alegría, del pesar ó de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes á los subalternos salían de sus labios en suave sonido como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo, en una palabra, de un alma superior. Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás, como subalterno, el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos ó caprichos que movían frecuentemente á algunos oficiales voluntarios, tercos y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro, humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como Jefe, la sangre de los patriotas ni de los realistas, ni precipitó acontecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la República y por amor á la libertad. Filósofo armado, más bien que militar, miraba la sangre,—sudor rojo de

las magnas ideas y ¡ay! de los mezquinos intereses,—con la pena de quien prefiere al bárbaro degüello los combates de la razón en los pacíficos campos de la tribuna ó de la imprenta. Baralt se admira de que Sucre hubiese tenido enemigos; á mí no me sorprende: los resplandores del mérito hieren los suspicaces ojos de la envidia y despiertan las malas pasiones de quienes no pueden brillar sino en el caos.

La envidia reflejo tenebroso de las virtudes, mar tóxico que pretende tragar al mérito; pero que lo lleva en su superficie y lo hace flotar más visible; la envidia



cuervo que atraen los olores de lo que se perfecciona y no los hedores de lo que se corrompe; la envidia, digo, lo hirió, picoteó en sus cualidades, pero no penetró jamás en su corazón para roerle, ni en su espíritu para envilecerle. Amó á sus compañeros como á coadyutores de la empresa, aún cuando algunos de ellos lo odiaron como á represión viva de sus defectos. De familia noble y rica, amaba la indecencia como madre de nobleza y de prosperidad, no como causa del desborde, del envilecimiento; de la plenitud del mal en el vacío del orden. Las cualidades de Sucre prepararon el crimen que nos le arrebató. La rectitud de alma no

le permitió encorvarse para ver la perfidia que rebullía á sus pies. Si el plomo al destrozarle la cabeza no le hubiese muerto en el acto, hubiera perecido seguramente poco después dislacerado el corazón por la ingratitud y la felonía. Al caer no mordió la arena de la lid; acaso besó la tierra que le fue tan querida.

Poseyó una sola ambición: la de la virtud.

Tenía no se qué de atrayente y que al propio tiempo inspiraba respeto, en la fisonomía, en las maneras, en las miradas, en las palabras: era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de una gran destinación providencial. Si hubiese nacido en Europa, acaso hubiera sido rey; como nació en América. lo asesinaron.

RESUMEN SUCINTO

DE LA VIDA DEL
GENERAL SUCRE

(escrito por el Libertador).

EL General Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, provincia de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la Capital, Caracas. En el año de 1802 principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Empezada la revolución se dedicó á esta arma y mostró desde los primeros momentos una aplicación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego el General Sucre salió á campaña. Sirvió á las órdenes del General Miranda con distinción, en los años 11 y 12. Cuando los Generales Mariño, Píar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó á una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su

valor. En los célebres campos de Maturín y Cumán se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres ó cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quienientos paisanos, armados por el intrépido Piar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El General Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes. (*)

El General Sucre sirvió el E. M. G. del Ejército de Oriente desde el año de 1816 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que lo han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo: él lo dirigía todo, mas, con esa modestia, con esa gracia, con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el General Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al Gobierno lo ponían á menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El General Sucre quedaba en la tempestad semejante á una roca, combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y amor de los que combatían.

Después de la batalla de Boyacá, el General Sucre fue nombrado Jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al General Briceño y al Coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el General Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del General Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luégo fue destinado desde Bo-

gotá á mandar la división de tropas que el Gobierno de Colombia puso á sus órdenes para auxiliar á Guayaquil que se había insurreccionado contra el Gobierno Español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron á Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el General Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el General Sucre dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi, y libra así á Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El General Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatirlo. Su política logró lo que sus armas no habrían alcanzado. La destreza del General Sucre obtuvo un armisticio del General español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe á esta hábil negociación; porque sin ella, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo á su disposición el General Sucre medios de resistencia.

El General Sucre formó, en fin, un ejército respetable durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el país, con las que recibió del Gobierno de Colombia y con la división del General Santa Cruz que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos á los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el General Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles: la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas á todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumió la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado, en premio de sus servicios, General de División é Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su Libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se sublevó poco después de la capitulación que le concedió el Libertador con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho que

acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido obligó al General Sucre á marchar contra él, á la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles soldados de Colombia. El General Sucre los guiaba, y Pasto fue nuevamente reducida al deber. El General Sucre, bien pronto fue destinado á una doble misión, militar y diplomática cerca de este Gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó á esta capital, cuando el Gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente, para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó á ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo con fuerzas muy superiores convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden: todo iba á sucumbir sin el jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El General Sucre tomó, á su pesar, el mando.

El Congreso que había sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso á este Magistrado luego que entró en el Callao, y autorizó al General Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar sino obrar con decisión.

El General Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era él el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba á las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército que la guarnecían eran de diferentes Estados; de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada; todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer el General Sucre era responsable de todo. Él, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó á ambos Cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lu-

(*) "U. créame, General, nadie ama la gloria de U. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria á un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de U. hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia le doy á U. cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruebo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admito lo que es sublime".—BOLÍVAR.—Al General Sucre.—(Párrafo de carta del Libertador.—Lima, 21 de Febrero de 1825).

gar designado para su residencia.

El General Sucre tenía órdenes positivas de su Gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con suma repugnancia, y sólo por complacer á las autoridades peruanas; pero bien resuelto á no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fue su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del General Santa Cruz en el Alto Perú habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El General Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas, hacia aquella parte. En efecto dirige su marcha con tres mil colombianos y chilenos: desembarca en el puerto de Quilca, y toma la ciudad de Arequipa. Abre comunicaciones con el General Santa Cruz que se hallaba en el Alto Perú: á pesar de no recibir demanda alguna de dicho General de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen aquella navegación: los caballos y bagajes, había costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rígorosa. Sin embargo todo se efectuó en pocas semanas. Ya la división del General Sucre había recibido parte del General Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte estaba en marcha, cuando se recibió el triste anuncio de la disolución de la división peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues, indispensable mudar de plan. El General Sucre tuvo una entrevista con el General Santa Cruz en Moquegua, y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el General Sucre, vino á Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, á Supe para oponerse á los planes de Riva-Agüero que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias el General Sucre instó al Libertador para que le permitiese ir á tomar el valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al General Canterac que venía del Sur.

Riva-Agüero había ofrecido cooperar á esta maniobra; mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, ó más bien que la conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El General Sucre dió en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo había calumniado atrocemente: lo suponía autor de los decretos del Congreso; el agente de la ambición del Libertador, el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardentemente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aun como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él que siguiese como espectador, y no como jefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. Él decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, é infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, á los vehementes clamores del General Sucre. Él tomó en persona el mando del ejército, hasta que el General La Fuente por su noble resolución de ahogar la traición de un Jefe, y la guerra civil de su patria, prendió á Riva-Agüero y á sus cómplices. Entonces el General Sucre, volvió á tomar el mando del Ejército; lo acantonó en la provincia de Huailas donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco ó nada al Estado. Sin embargo el General Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando á la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fue que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitían.

Sucre tuvo orden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo efectuó con el esmero que acostumbra, y dictó aquellas providencias preparatorias que debían servirnos para realizar la próxima campaña.

Quando la traición del Callao y de Torre-Tagle llamó los enemigos á Lima, el General Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pér-

fidias que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador, y el honor de los colombianos. El General Sucre combatió con suceso á todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar á los enemigos del Perú y de la libertad; para sostener á los buenos, para confortar á los que empezaban á desfallecer por los prestigios del error triunfante. El General Sucre escribía á sus amigos que más interés había tomado por la causa del Perú, que por una que le fuese propia ó perteneciese á su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados: ellos lograron retener en la causa de la patria, á muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este General tomó al mismo tiempo á su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al Valle de Jauja por encima de los Andes, helados y desiertos. El ejército recibió los auxilios necesarios debidos, sin duda, tanto á los pueblos peruanos que los prestaban, como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El General Sucre después de la acción de Junín se consagró de nuevo á la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo General: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos á tan piadoso servicio. Para el General Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria, parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el General del soldado.

Quando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el General Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido á obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Guamanga, es una operación insigne, comparable quizá á lo más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados á desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña tiene un mérito todavía que no es bien

conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora á los vencedores de catorce años, y á un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante á Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando á los americanos el ejercicio de sus derechos, y el *sagrado imperio* de la naturaleza.

El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará á Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada.

Lima, 1825.

Apoteosis de Sucre

A MATEO GUERRA MARCANO

¿HACIA dónde se dirigen esos grupos de guerreros que en las alturas de Titicaca, parece que van á encontrarse? ¿Quiénes son esos dos hombres que al frente de sus comitivas, y después de largos años de combates se pasean á orillas del Desaguadero, como nuncios de paz después de la victoria? Hace poco que cada uno, al frente de sus legiones, disputaban el declive, el valle, la llanura, la altura inaccesible, y parecía el sultán del fuego en medio del incendio. ¿Son acaso los antiguos conquistadores del Continente, los héroes de la leyenda castellana, invencibles y atrevidos, gigantes de la edad moderna, rivales de los viejos escaladores del Olimpo, que aparecen sobre el dorso de las montañas; ó son por ventura, los genios tutelares de América, quienes después de plantar sobre las torres de las ciudades indígenas el gorro frigio, van en solicitud de la Pitonisa de los Andes, para colocar al pie de ésta los laureles secados en los campos de la victoria?

Nada se escucha, y tan sólo el ruido de las herraduras resuena sobre el suelo rocallosa, en tanto que las comitivas siguen en silencio la dirección de sus jefes. Brillan á la luz del día las lanzas de los guías, del hombro de los cazadores pende el clarín de guerra, y guardadas están las espadas. Ya se apagaron las fogatas del extenso campo de batalla, y espirales de humo, acá y allá, son los restos de los pasados incendios. Atrás están los ejércitos acampados en las llanuras y en las ciudades, como carabanas que reposan después de prolongado viaje; y se relatan las historias de la noche tempestuosa cuando los remolinos del viento y las trombas del desierto envolviendo á ginetes y caballos, fueron testigos del terrible choque. Ni las campanas de los pueblos tocan á rebato, ni las montañas repercuten la tronada del cañón, ni se escuchan ya los ayes de los vencidos y los gritos de los vencedores. Todo está en silencio, y sólo el ruido de los caballos anuncia el paso de los vencedores, en tanto que sobre las altas cimas flamea el pabellón tricolor.

Esto pasaba ayer, 1824, y han corrido sin embargo cincuenta años. Esto pasaba ayer, cuando las legiones de Venezuela, victoriosas en las llanuras y orillas del mar, quisieron escalar las montañas en solicitud de las ciudades andinas. Esto pasaba ayer, cuando los héroes de Esparta, galopando, subieron los declives, y enrojeciendo la nieve con sangre americana, treparon, entre el fuego y la muerte, para arrancar de las elevadas almenas el estandarte de Pizarro. Fue necesario principiar, y Carácas lanzó en 1810, el primer grito de la magna revolución: fue necesario luchar, y á orillas del Orinico tronó el primer cañón en 1811: fue necesario emanciparse, y el Congreso de Venezuela, en el mismo año, fue el primero de América que lanzó el guante: fue necesario un genio y apareció BOLÍVAR: fué necesario batallar en las llanuras y en las ciudades, y á orillas de los ríos, y de los lagos, y de los mares; luchar contra España y contra el pueblo de Venezuela, y contra el hambre y la intemperie y la muerte, y las derrotas se convirtieron en victorias: fue necesario trasmontar el Ande, y el Ande recibió á los vencedores en Bonza, Vargas y Boyacá: fue necesario retroceder para cubrir la retaguardia, y el cañón de Carabobo resonó en las soledades del Atlántico: fue necesario seguir, y los volcanes del Ecuador se coronaron con la faja del iris, al paso de los vencedores: fue necesario

concluir, y Quito, Lima, Callao, Potosí y Cuzco abrieron sus puertas, y brilló la estrella de Junín, y la de Ayacucho, y fueron tomadas todas las ciudades; y siguiendo las legiones victoriosas las huellas de Pizarro y de Almagre, saludaron en el Templo del Sol, al Sol de la Independencia americana.

Han pasado cincuenta años que terminó el drama, y ya todos los actores están en la tumba. Desaparecieron unos, bajo la cuchilla española, y otros, al golpe del puñal americano. La suerte de la guerra dejó á muchos en el campo de batalla, mientras las miserias, y el desengaño, fueron para otros los árreos de su vejez. Para muchos el naufragio, el ostracismo y la muerte en suelo extranjero. Los más, resignados y humildes en la noche del infortunio; los ménos, indiferentes á la historia de lo pasado. Afortunados los primeros que entraron en la tumba, estos primogénitos de la gloria que no fueron testigos ni compañeros de los ancianos desvalidos en los días del desengaño.

Pero, ¿quiénes son estos dos guerreros que en la gran meseta de los Andes se solicitan? Ambos visten con las galas del triunfo: el uno tiene pantalones de color de grana y dormán azul, el otro viste de verde. El uno es de cuerpo pequeño, enjuto de carnes, frente espaciosa, mirada de águila: el otro es de estatura regular, bien formado, rostro apacible y mirada expresiva, velada por unos párpacos que se recojen como queriendo evitar el estímulo de la luz: ambos de nariz aguileña, rostro tostado por el calor de los trópicos y las fatigas de la guerra, pómulos pronunciados, palabra fácil, dón de manos.

De repente las dos comitivas se han divisado y los ginetes clavando sus espuelas sobre los hijares de sus caballos corren á su encuentro. Los dos jefes se abrazan, permanecen mudos por largo rato, después se hablan, se felicitan y se victorean. ¿Qué se han dicho? La historia no nos ha trasmitido los menores íntimos de esta conferencia expansiva y sublime; pero nosotros conservamos las elocuentes frases de vencedor.

Esos dos hombres que se fundían en un ósculo y se enternecieron al abrazarse, eran, el hombre de Junín y el hombre de Ayacucho; BOLÍVAR y Sucre.

Cuando el LIBERTADOR, lleno de efusión fraternal, estrecha contra su pecho al vencedor en Ayacucho, y le felicita y le enaltece, parece que había hallado el complemento de su gloria, su gloria misma personificada en el más cé-

lebre de sus Tenientes. ¿Qué contesta Sucre á los elogios del LIBERTADOR? Levantándose sobre los estribos le victorea y le dice: "El LIBERTADOR no estuvo en Ayacucho; pero sí estuvo en el corazón de los que allí combatimos; y cuando la victoria parecía huir de nuestras filas, invocamos su nombre, y ella coronó nuestros esfuerzos."

He aquí cómo se confunden dos hombres ilustres. Despojarse de una gloria que le pertenece para realzar con ella el brillo de su Jefe; cambiar el laurel de los honores por la violeta de la modestia, tal fue el pensamiento del generoso mancebo! Esta figura pertenece á los tiempos antiguos; tiene el perfil romano y la estética griega: es uno de los héroes de Plutarco.

Estos dos hombres en las alturas del Desaguadero, representaban la gloria americana en su más completa síntesis: ambos se servían de complemento. Habían llegado á la cima física de la cual no podían pasar, y también á la altura histórica de la cual debían descender. Igual destino los aguardaba: ambos debían ser víctimas de las pasiones y del puñal fratricida. Más afortunado que Sucre, BOLÍVAR se escapa, en dos ocasiones, en Jamaica y en los Toros, de la cuchilla española, y se salva igualmente en la noche del 25 de Setiembre del puñal colombiano. Le aguardaban la agonía lenta, la tortura del cuerpo y del espíritu, la onda del huracán que iba á envolverlo y arrojarlo á la playa solitaria. Mas desgraciado Sucre, se salva de la herida de Chuquisaca, causada por la mano americana; pero fue porque le aguardaban los espectros de Berruecos, en acechanza tras los ennegrecidos troncos de la montaña.

Ambos desaparecieron seis años después de la entrevista de que acabamos de hablar, en 1830.

Estos dos hombres que se habían levantado su apoteosis en vida, en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Bomboná, Junín, Ayacucho y Bolívar, debían descender á oscuras las gradas del sepulcro. Más allá de éste es donde se halla la luz de la justicia; por eso toda gloria que desaparece en el torbellino de las pasiones, la reivindicada, la realza, la resucita la misma muerte, esta vengadora de todas las injusticias y rehabilitadora de todos los méritos.

A los doce años de silencio aparece BOLÍVAR en 1842. No se han cumplido todavía cincuenta de su muerte, y ya su estatua está á las orillas del Orinoco, del Atlántico, del Pacífico, y sobre los Andes. Entre tanto, Sucre ha dormido

tranquilo el sueño del olvido. Ni un decreto, ni un recuerdo, ni una estatua en Colombia, en tan prolongado espacio de tiempo. Estaba escrito que, el que había sellado con su genio la paz del Continente, el que había llegado con sus fuerzas á la cumbre de los honores, y dejado su nombre ileso, debía desaparecer, no bajo el peso de las fatigas ni de la gloria que abruma á la naturaleza física, sino bajo la bala fratricida que, en la noche del crimen, solicita á su víctima y la derriba. Pero también estaba escrito, que de esta noble figura, cuyos méritos llenan la historia del Continente, y tan admirada por todas partes, no quedarían ni sus restos mortales, que son para las naciones civilizadas el recuerdo perenne que ellas guardan con orgullo.

Para estos hombres que desaparecen por el exceso de su virtud no hay cruz que señale el lugar de su descanso, ni fosa que los guarde, ni inscripción que los recuerde á las generaciones futuras. Todo enmudece ante el cuerpo de la víctima de una idea política ó religiosa, de una venganza innoble, ó de una envidia fratricida. Y gracias al corazón caritativo que haya amortajado su cuerpo y lo esconda de las miradas humanas y lo entregue al tiempo.

Así había desaparecido Sucre de la memoria de los Gobiernos y pueblos de América, y así han desaparecido sus restos mortales, confundidos, pulverizados, sin dejar una sola memoria, ni en los anales de la familia, ni en la historia de América. Los reclamó Venezuela, la primera en hacer justicia á los hombres de la revolución; quiso colocarlos al pie del túmulo que guarda los del Gran BOLÍVAR; invitó á los pueblos á contribuir con su entusiasmo á la apoteosis del Héroe y no encontró de éste ni el polvo! Habían ya entrado en la ley de las metamorfosis; se había convertido en tierra; había desaparecido por completo el hombre físico cuando era reclamado el hombre histórico.

¿A quién culpar? ¿Y qué necesidad tenemos de culpar á nadie, si la censura no contribuye en nada á la gloria de la víctima? ¿Qué importan á la generación actual, los extravíos, la ingratitud y aun la condescendencia eriminal, si cada época tiene su carácter, sus tendencias y sus fines? ¿Para qué traer ante la justicia humana, á Gobiernos y á sociedades culpantes que ya han desaparecido, y llevaron al sepulcro la reprobación de sus hechos? Lo pasado que está todavía cubierto por las sombras del crimen, no debe entoldar

con sus fantasmas las claridades del reconocimiento.

La desaparición de las cenizas de Sucre, ignoradas, confundidas quizá con las de sus victimarios, está en armonía con la muerte que le cupo. ¿Para qué volver á la luz ese brazo fracturado por la bala de Chuquisaca? ¿Para qué presentar ese cráneo donde se albergó la bala de Berruecos? ¿Acaso Abel podría levantarse en presencia del instrumento Caín? Esos restos están ya en la noche eterna; pertenecen, no á los pueblos, sino al tiempo y al espacio. Removerlos sería abrir de nuevo la herida mortal cicatrizada por la muerte. Podrían hablar, y brotar sangre, y lanzar gritos de maldición contra América; podrían enardecerse y arrojar llamas de venganza que irían, con la velocidad del rayo, á desmoronar tumbas ya cerradas, y sobre las cuales han fallado Dios y la justicia humana. Si; paz para esos sepulcros, y perdón para los criminales que han desaparecido: fueron americanos, y están juzgados.

No habrá para Sucre bajel que lo conduzca en triunfo de uno á otro mar, ni séquito que lo acompañe, ni playa que lo reciba, ni lo saludará el cañón, ni las banderas de América manifestarán á media asta el duelo nacional. No habrá para el Vencedor, ni oriflomas, ni pendones enlutados, ni tañidos de campanas, ni marchas fúnebres, ni panteón que lo reciba. Si la apoteosis del hombre consiste en conducir con pompa sus restos mortales al templo de la gloria, Sucre no tiene apoteosis. Sus restos los confundió el tiempo para sepultarlos en el océano del olvido; pero ahí están los Andes que le pertenecen; el pedestal de su estatua es el Pichincha.

Cuando el Ilustre Presidente de Venezuela envió al General Guerra Marcano á reclamar amistosamente del Ecuador las cenizas del Vencedor en Ayacucho, las naciones limítrofes al saberlo, se prepararon á contribuir á una ceremonia que debía tener un carácter americano. Este propósito ha fracasado en la forma, pero no en la idea: el hombre histórico no ha muerto. Sucre al desaparecer como materia se ha agigantado en gloria. Su gran figura sobre las alturas de Titicaca está fija y radiante. Conquistó la altura, y la altura le pertenece. El lugar de la cuna no tiene privilegio cuando la gloria ha sido múltiple. Como BOLÍVAR, Sucre, hijo también de Venezuela, pertenece á la América, y es deber y honra de América hacer su apoteosis.

¿Cómo? ¿de qué manera? Con

JOSE ANTONIO SUCRE

(Gran Mariscal de Ayacucho).

I

el arte, no el arte que cincela la estatua que sufre con el tiempo, y que es única; sino el arte que con el buril del ingenio é inspirado por las Musas del canto y de la historia, inmortaliza á los hombres preclaros. LA APOTEOSIS DE SUCRE, así debe llamarse el libro á cuya elaboración contribuyan con sus historiadores y poetas, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y la República Argentina. Esta obra americana, producción intelectual de nuestros hombres de letras, sería la más bella ofrenda que podría ofrecerse al varón insigne cuya memoria tiene que ser imperecedera. En esta obra deben atesorarse no sólo las contribuciones de cada pueblo en honra del Héroe, sino también todos los documentos oficiales, discursos, manifiestos, proclamas, correspondencia, etc., etc., del Mariscal Sucre. Esta obra sería única en su género y llevaría un carácter de justicia, que haría olvidar el silencio que por tantos años ha pasado, sobre la tumba del predilecto de BOLÍVAR.

Las Musas de la historia y el canto, hermanadas en honra de Sucre, tal es el pensamiento que anima al Gobierno y al pueblo de Venezuela. Tres ó más escritores nombrados por cada Gobierno bajo la iniciativa del de Venezuela, formarían el cortejo que conduciría al hombre célebre al Panteón de la historia, no con los arcos de la muerte, sino con las galas del triunfo; no con las pompas de la materia, sino con las claridades del espíritu.

Tenemos tiempo; allí está el 9 de Diciembre, aniversario de Ayacucho. Celebremos este día americano con las pompas de nuestro ingenio. Los grandes infortunios exigen reparación general; y la gloria velada por la sombra del olvido reaparece imponente el día de la justicia. La lobreguez de Berruecos ha desaparecido desde el momento en que se sepultó en los antros de la montaña el último de los espectros. Ayacucho será siempre la síntesis de un libro inmortal.

Sucre va entrar por la puerta del Panteón, sin heridas, sin sangre, sin odios, sin venganzas, incorpóreo, justiciero, radiante. Los muertos no poseen la memoria del mal sino de la virtud. Levantarse de la tumba para recibir la corona del triunfo, es resucitar á los días del deber cumplido. Sucre no ha muerto todavía,—aguarda.

Caracas, Abril 5 de 1876.

ARÍSTIDES ROJAS.

CUANDO la Revolución francesa había reducido á escombros la Bastilla, y con asombro universal se desplomaba el trono de San Luis, cuando se inmolaban en el altar de la patria augustas víctimas y la mano del verdugo segaba á centenares la cabeza de nobles y plebeyos, nació en Cumaná (Venezuela) José Antonio Sucre, el 3 de Febrero de 1793, es decir trece días después que el infortunado Luis XVI había muerto en el cadalso víctima de las culpas y desaciertos de sus antepasados.

Sus padres D^o María Manuela Alcalá y D. Vicente Sucre y Urbaneja, le dedicaron á la carrera de ingeniero, y por los años de 1810 había obtenido el grado de Teniente, cuando sobrevino el pronunciamiento de Caracas. Por entonces el joven cumancés, que contaba diez y siete años, fué enviado á la comandancia de ingenieros de Barcelona, en Venezuela (1).

Iniciada la guerra de independencia, y por una orden del General Miranda, fué el joven Sucre en 1811 á formar parte del estado mayor, en donde empezó su carrera de gloria y de noble heroísmo.

II

Todos los biógrafos del Gran Mariscal de Ayacucho están conformes de decir que desde la triste y desastrosa campaña de 1812, que concluyó con el pacto de San Mateo, la violación de éste por Monteverde y la dispersión de los independientes, mostró Sucre el carácter arrojado, digno y caballeresco que más tarde le hizo descollar sobre tantos héroes y merecer el calificativo de *el soldado más virtuoso de la independencia*.

En su vida no hay tacha ni nube que empañe su pureza. Sucre reunía á su serenidad en el combate, á su firmeza y arrojo, el amable trato y la distinción que cautiva y avasalla.

Tenía la sencillez del guerrero espartano y la modestia del verdadero sabio. Era en el hogar, modelo de virtudes domésticas. El amante esposo, el tierno padre, y el noble sostén y apoyo de su familia.

Tenía en el mando benévola generosidad, indulgente carácter, al propio tiempo que la necesaria energía y severa rectitud del magistrado.

III

Tal vez su trágica muerte tuvo origen, en la nunca desmentida fidelidad y abnegación por el Libertador, y éste, que le debió grandes y decisivos triunfos para la causa americana, decía en un perfil biográfico de Sucre:

“El era el alma del ejército en que servía, todo lo metodizaba, todo lo dirigía, pero con aquella modestia, con

aquella gracia con que hermosecaba cuanto hacía; él era el mediador, el consejero, el guía, siguiendo siempre la buena causa, corrigiendo el desorden y sin dejar de ser amigo de todos los compañeros de armas.”

Sirvió en el estado mayor general Libertador del ejército de Oriente, en cuyo cargo se revelaron las singulares facultades de Sucre y su alta capacidad militar.

Ya desde aquella época conquistó el afecto y total confianza de Bolívar, y siendo general de brigada, desempeñó en las Antillas la difícil misión de reunir armas y municiones, sin crédito, sin dinero, y sólo por medio de la elocuencia y de la persuasión.

Su celo, su actividad, su talento y su carácter, conquistador de simpatías, fueron la base de la tercera campaña en Venezuela, porque sus esfuerzos alcanzaron éxito completo y consiguieron fusiles, artillería y pertrechos de toda clase para la guerra, con la garantía de la honradez y del nombre del General Sucre.

En Noviembre de 1820, y siendo jefe del estado mayor del general Libertador, ajustó las bases del célebre tratado con el general Pablo Morillo, acompañado por el coronel Briceño Méndez y el teniente coronel Gabriel Pérez.

“Este tratado es digno del alma de Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron; él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra; él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho” (1).

IV

El 9 de Octubre de 1820 se había dado en Guayaquil el grito de libertad y nombradas algunas autoridades é instalado un Gobierno provisional, determinó éste que una división marchara al interior con el objeto de realizar el levantamiento y proclamar la independencia en Quito.

La división se componía de unos mil quinientos hombres al mando del Capitán Luis Urdaneta, quien, adelantando hacia Ambato, logró que las poblaciones del tránsito se declararan contra el Gobierno español y apoyaran, al sublevarse, la marcha de la columna salvadora.

En la llanura de Huachi se habían acampado los realistas, y allí, provocados los patriotas al combate, sufrieron éstos grandes pérdidas, y en completa derrota volvieron á Guayaquil. El Coronel José García salió al frente de otra expedición con peor fortuna, pues, derrotado en Tonasigua, cayó prisionero de los realistas y fué pasado por las armas.

Los ejércitos españoles alcanzaron aún otras victorias y el Ecuador tal vez hubiera sido por entonces sometido de nuevo al dominio español, si Bolívar, con sus triunfos de Boyacá y el convenio con Morillo, no hubiera podido consagrarse inmediatamente á la causa de la libertad ecuatoriana.

(1) En las *Memorias* del general O'Leary, Tomo I, pag. 9, dice que Sucre nació en 1793.

(1) Esto escribía desde el Perú el Libertador en 1825.

El general D. José Antonio de Sucre llegó por entonces, nombrado para mandar el reducido ejército del Sur, y su capacidad política, su tacto y acierto, empezaban á tener ventajoso resultado, cuando recibió orden para trasladarse á Guayaquil y cumplimentar los deseos del Libertador, que eran persuadir al Gobierno de aquella porción del Ecuador, que dividido el país en reducidas repúblicas, éstas no alcanzarían nunca porvenir ni preponderancia, y que, incorporadas á Colombia, formarían un todo grandioso y respetado.

La razón, la lógica y el amor patrio dictaban ese pensamiento, digno de Bolívar, y en verdad que hoy, la nación colombiana sería potente rival de los Estados Unidos. La sabiduría y el don de leer en el libro del porvenir, impulsaban al hombre más portentoso de América para realizar tan magna obra.

¡Oh Colombia! ¡qué futuro tan deslumbrador te estaba reservado; qué adoración, qué amor, qué noble orgullo deberías al hombre que soñaba con este porvenir!

V

Las instrucciones dadas al General Sucre abrazaban, además, el conseguir se le confriese el mando en jefe de las tropas independientes del Ecuador, para que unidas con la división colombiana, alcanzaran en breve término la independencia del país.

La expedición salió para el Pacífico en Abril, en una escuadrilla adquirida en Chile y con algunos transportes enviados de Guayaquil.

Activo y previsor, logró Sucre organizar su ejército como auxiliar del ecuatoriano, pues que, á pesar de su influencia moral y de su persuasivo talento, no consiguió que Guayaquil se resolviera á su incorporación á Colombia.

El genio militar del general Sucre salvó á Guayaquil de una contrarrevolución intentada por los realistas, y decidió á emprender la campaña y no dar tiempo á la llegada de tropas que enviaba el virrey Aymerich contra los independientes, salió al encuentro, y tomando posiciones en Yaguachi, empuñó el combate con la división realista á las órdenes del Coronel González, procurando, como lo consiguió, vencerla antes que llegase la de Aymerich.

La batalla fué un brillante triunfo, y numerosos prisioneros, municiones y armamento, cayeron en poder de los patriotas.

VI

Iniciada la campaña con tan pronto y notable resultado, y después de conseguir que las tropas de Aymerich, al saber la derrota de Yaguachi, retrocedieran rápidamente, dejando en la retirada á merced del vencedor, bagajes, armas y prisioneros, volvió Sucre á Guayaquil, y fuerte con las ventajas conseguidas, intentó de nuevo incorporar la provincia á la república de Colombia, convocando con tal objeto un colegio electoral que resolviera en tan importante cuestión.

Entretanto marchó para Babahoyo y siguió hasta Ambato por el camino de Pucobamba, decidido á permanecer en las alturas de la cordillera y á observar al enemigo, pues que las fuerzas de éste

eran muy superiores en número; pero combatido el plan por algunos jefes, cedió Sucre y bajó á la llanura de Huachi; las fuerzas realistas atacaron vigorosamente, y á pesar de una resistencia de tres horas, la derrota de los patriotas fué espantosa. Los soldados se desbandaron, murieron, ó defendiéndose cayeron prisioneros y Sucre debió su salvación al valiente oficial chileno D. Manuel Jordán edecán del General, quien encontrándolo atropellado por los fugitivos y desmontado, le puso en las ancas de su caballo diciéndole: "Mi general, si estos *godos* nos han de fusilar cayendo en sus manos, tanto da que nos fusilen por delante ó por detrás. Tratemos, pues, de salir de entre ellos". (1)

Ambos se salvaron, aun cuando ligeramente heridos, y el caballeresco Sucre jamás olvidó, la abnegación de su heroico ayudante.

VII

Aquel desastre hubiera desalentado á otro jefe menos audaz y valeroso, pues que perdieron en la funesta batalla todos sus pertrechos y dejaron en el campo gran número de muertos y prisioneros.

Los restos de la división patriota regresaron á Babahoyo, en donde se ocupó Sucre de reorganizar sus fuerzas, canjear los prisioneros y formar un núcleo suficiente para defender á Guayaquil, pues los realistas, al mando del coronel Talrá, habían penetrado hasta Sabaneta, pero el jefe español que no miraba por entonces muy fácil apoderarse de la capital, solicitó una conferencia del general para tratar un armisticio propuesto por la Junta del Guayas. La cortesía, habilidad é inteligencia de Sucre, consiguieron se firmara una tregua de noventa días.

Entre tanto se había diferido para circunstancias más bonancibles, la incorporación de la provincia á la República de Colombia, y dispuestas las tropas, reforzadas por recién llegados colombianos, debiendo reunirse con la división peruana que mandaba el coronel Santa Cruz, que se encontraba ya en la provincia de Loja, y finalizado el armisticio, salió el constante y valeroso Sucre para el interior del Ecuador, resuelto á seguir hasta Quito.

Sus combinaciones obtuvieron completo éxito, y por las fragosas y empinadas sierras, arrojando el frío y hasta la falta del preciso sustento, llegó con sus soldados hasta Cuenca, en unión ya con las fuerzas peruanas, apoderándose de la ciudad, y después de dar descanso á las tropas y haber aumentado éstas, siguió su marcha victoriosa; ocupó á Riobamba en Abril de 1822, y pocos días después continuó hasta llegar al pintoresco y fértil valle de Chillo, á cuatro leguas de la capital ecuatoriana.

El 24 de Mayo se trabó el combate entre realistas y republicanos en las alturas del Pichincha: ambos ejércitos combatían con denuedo y bizarría; intrépidos jefes peleaban con tesón y anhelo de gloria; el noble empuje de los batallones republicanos fué rechazado con igual bravura por los españoles;

pero la victoria se declaraba ya por los hijos de América, y desordenados aquellos, huyeron, perseguidos hasta Quito por los soldados del batallón Magdalena y por su jefe el esforzado Córdova.

Aymerich aceptó la honrosa capitulación propuesta por Sucre, y el Ecuador fué libre y formó parte de la gran República.

El Vencedor de Pichincha ascendió á general de división y fué nombrado intendente de Quito.

Los laureles se agrupaban sobre la cabeza de aquel hombre generoso, y el Libertador encontraba en él su más firme y constante auxiliar.

La ciudad de Pasto, que cayó en poder de Bolívar, después de la batalla de Bomboná se había sublevado, y el general Sucre marchó á someterla, y derrotando á los realistas, ocupó la ciudad.

El Perú necesitaba aliados y auxilios valerosos; allí la situación era complicada y difícilísima; los hijos de los incas imploraban el socorro de Bolívar y éste buscó en torno suyo un militar leal á toda prueba, inteligente é intrépido; Sucre llenaba sus deseos, le dió la orden de marcha y sus precisas instrucciones.

VIII

A su llegada al Perú, tuvo que aceptar el mando para defender el Callao y rechazar á las fuerzas realistas que, adelantaban numerosas y decididas á la lucha.

Y no sólo el temor de los españoles sobreecogía los ánimos; la contienda civil era tan temible y amenazadora como las armas de los realistas, y el edificio de la independencia se desmoronaba por la división de los partidos y por el encono del presidente Riva-Agüero, quien desde Trujillo estaba en negociaciones con los españoles para establecer la monarquía en el Perú, secundándole en su propósito, el ministro general Herrera.

Bolívar, que había llegado á Lima para dirigir las operaciones de la campaña contra los realistas y que tenía noticia de que se fraguaba un atentado contra la libertad peruana, marchó á Huaras á batir las facciones, y cuando se disponía á continuar hasta Trujillo, recibió la nueva de que el coronel La Fuente, sabedor de la traición tramada por Riva-Agüero, se había apoderado de éste, y que el mayor Castilla, á su vez, había hecho prisionero en Santa al ministro Herrera. En la *Historia General de América* detallaremos la feliz casualidad, que puso en manos del coronel La Fuente los hilos de aquella trama.

Después de apagada la discordia civil, volvió el General Sucre á encargarse de la comandancia general del ejército unido, ya que su carácter digno y noble se sublevó ante la idea de tomar parte en aquella campaña contra Riva-Agüero, que le había calumniado y que le creía enemigo personal.

IX

Además de la guerra civil y de las consecuencias fatales para el Perú, se complicaron cien diversas causas de sobresalto para Bolívar, ocupado en reorganizar su ejército. Los triunfos de los realistas, la falta de refuerzos, las enfer-

(1) Antonio José de Sucre, pariente del vencedor de Ayacucho, en su artículo *Aclaraciones*, publicado en Santiago de Chile en 1885.

medades que postraron el espíritu y la energía del vencedor de Bomboná, la pérdida de las tropas del general Santa Cruz desbandadas en el Alto-Perú y la ocupación del Callao por los españoles. En momentos tan críticos, y agonizante la independencia peruana, decretó el Congreso la dictadura con facultades extraordinarias: Bolívar fué nombrado dictador en los momentos en que los realistas ocuparon Lima (27 de Febrero de 1824).

Torre Tagle y el ministro de la guerra Berinduga, el general Portocarrero, y otros se pasaron a los españoles.

Bolívar acabó de reorganizar el ejército y se lanzó en busca del enemigo. El general Sucre mandaba en jefe las tropas de Colombia; La Mar, las del Perú; Miller, la caballería peruana, y Santa Cruz, el estado mayor.

El día 6 de Agosto marchaban las tropas hacia el pueblo de los Reyes, departamento de Huánuco, y á las cuatro de la tarde se empeñó el combate.

Allí los soldados de *Bojacá* y de *Pichincha*, los *coraceros del Perú*, llamados después *húsares de Junín*, se batían cuerpo á cuerpo con los españoles triunfantes y orgullosos por sus victorias. Lanza en ristre los recibieron los patriotas, los caballos se estrechaban unos contra los otros, ya adelantando, ya retrocediendo en aquel mar de combatientes; eran leones contra leones.

Los republicanos fueron vencedores en aquella brillante jornada. Obligado el Libertador á volver á Lima, confió el mando en jefe del ejército al general Sucre *por haberse excusado de tomarlo* el general La Mar, que era de más graduación, previéndole, sin embargo, que obrase de acuerdo con este general, tanto por las consideraciones de su grado, como por los conocimientos militares y prácticos del país que, sin duda, influyeron en el éxito de la campaña. (1)

Partió el general Bolívar, y Sucre siguió su marcha con el ejército hasta formar su línea de observación en la orilla occidental del Apurímac, desde donde empezó la retirada, siguiendo las instrucciones del Libertador, puesto que el enemigo se adelantaba á su encuentro. Los patriotas sostuvieron algunas escaramuzas hasta la pampa de Matará en donde los españoles prepararon hábilmente una emboscada, y cargando sobre los republicanos les persiguieron en todas direcciones, derrotándoles y causándoles considerables pérdidas.

La noche llegó á proteger la retirada, cuando todavía los realistas continuaban activa persecución, y Sucre se afectó profundamente con aquel terrible desastre, tanto más cuanto que al día siguiente pudieron apreciarse en toda su extensión los funestos resultados.

El ejército, diezmado y sin víveres, continuó la retirada hasta más allá de la quebra de Acocro, habiendo recibido Sucre comunicaciones del Libertador é instrucciones, entre éstas la de arriesgar á todo trance una gran batalla sin contar con mayores fuerzas, pues, á consecuencia de algunos reveses y de que la situación era cada vez más apu-

rada, sólo podría encontrarse la salvación en una victoria.

Arriesgadísimo era cumplimentar el deseo de Bolívar. El ejército enemigo contaba con dobles fuerzas, y las de Sucre, si bien animadas de bélico ardor, se exponían á ser destrozadas por el mayor número de los contrarios.

Sin embargo, en tan decisivos momentos, no hubo vacilación ni temor, y Sucre, escogiendo para el combate la pequeña sabana de Ayacucho, tomó posición y se dispuso á morir ó á vencer.

Los corazones latían á impulso de juvenil entusiasmo; los soldados, serenos y satisfechos, se aprestaban á la pelea; la Naturaleza sonreía engalanada como para una fiesta.

Y era imponente y solemne. En ella se jugaba no sólo la independencia peruana, sino la de Colombia. La caduca Europa y la joven América estaban frente á frente, y ambas empeñadas, tenaces y arrojadas.

Cuentan que, en la derrota de Matará, había dicho el general Canterac al presenciar el denuedo del batallón *Rifles* que sostenía la retirada del *Vargas* y el *Vencedor*: "General Valdés, ¿son soldados esos, ó no son?"

Y los españoles eran aguerridos y valerosos; contaban victorias y victorias en todo el continente americano; eran dueños de la costa y del Norte; llevaban la seguridad del triunfo por lo numerosos y lo escaso del ejército de los independentes, ya vencidos en los últimos encuentros.

X

Poco antes de la batalla se habían confundido en tierno abrazo, varios individuos de los ejércitos: eran parientes, amigos y hermanos que combatían en opuestos bandos y que solicitaron permiso para darse tal vez el postrer adiós. El cuadro era admirable, triste y poético á la vez.

En las alturas del Condor-Kanqui, formaba el sol caprichosos y brillantes reflejos sobre los ricos y vistosos uniformes de los realistas y sobre sus brillantes armas.

Los *alabarderos del Virrey*, regimiento creado en 1557 por el Marqués de Cañete, cuarto virrey del Perú, ostentaban marcialmente su elegante pantalón blanco y el dormán verde con vueltas negras. El regimiento *güías del General*, vestía de encarnado con vueltas blancas, y ambos descollaban en aquella perspectiva en donde se confundían el gualdo y el rojo, el azul y el blanco, el verde y el gris, entre los plumeros, los entorchados de plata y oro, las lucientes charreteras, las bandas y cruces, las fajas rojas ó azules y las banderas de la patria que ondulan á favor del ligero ambiente, extendiéndose y cobijando á los campeones de la noble España. Los soldados republicanos carecían de fastuoso atavío pero mostraban orgullosos en el morrión la escarapela ó roseta tricolor, los cordones encarnados, verdes ó blancos y el pompón; el capote tradicional completaba el uniforme general. En aquel conjunto sobresalían las chaquetas azules y alamares amarillos de los jinetes, las borlas de oro en los sombreros de los jefes y de la oficialidad, con las escarapelas tricolor ó bicolor de los colombianos ó peruanos. Una orla

de pluma blanca en el sombrero era el distintivo de los generales. (1)

El gallardo general Sucre, vestido con pantalón blanco, levita azul, cerrada por botones dorados, charreteras de oro y espada al cinto, montado sobre brioso caballo castaño obscuro, recorrió el ejército y arengó á cada regimiento, recordándoles sus victorias, inflamando su entusiasmo por la causa de la libertad y excitando su heroísmo y amor propio patriótico.

Ya los soldados españoles se ponían en movimiento; Sucre volvió á ocupar su puesto, y con voz sonora exclamó: "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur; otro día de gloria va á recompensar vuestra admirable constancia", añadió señalando las numerosas huestes españolas.

Y se empeñó la decisiva acción; y las balas se cruzaban sembrando la muerte y aclarando las filas de los dos ejércitos. De las alturas del Condor-Kanqui se desprendían batallones y batallones sobre el campo de los republicanos y éstos los rechazaban con estoica entereza, supliendo el valor al número de combatientes.

El bizarro general La Mar, Sucre, Córdova y otros, ribalaron en hábil dirección contrarrestando las acertadas maniobras de Monet Valdés y Villalobos; era una lucha de gigantes, en la cual el triunfo fué de los patriotas. Triunfo imponente, brillante, grandioso, absoluto.

El general español García Camba dice en sus memorias: "Resultado tan rápido como terrible é inesperado, produjo grandísima sensación en el ejército real."

En aquella jornada, el anciano virrey Laserna había tomado parte activa, atendiendo á todo, animando á unos, ordenando á otros y desesperándose del aspecto que tomaba la acción.

El General Valdés, dice García Camba, á la vista de tal desastre, buscaba como de intento la muerte, y llegó á sentarse sobre una piedra para que los vencedores le acabaran; mas el valiente coronel D. Diego Pacheco y otros oficiales, le obligaron á abandonar tan temerario empeño y á continuar retirándose hacia la cumbre de la cordillera.

Entre los heridos y prisioneros se contaba el triste Virrey, y en el hospital de sangre, establecido en la pequeña iglesia de Quinua, aguardaba la visita de los médicos. Dice Miller que cuando entró, le halló sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza; un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara, apenas esparcía luz para que pudiera percibirse su faz teñida en sangre de la herida que había recibido. La actitud, la situación y la amargura todo junto, era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas.

Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimiento se iría adelantando Miller hacia el hombre, que pocas horas antes ejercía el poder real.

El mismo general Miller envió á bus-

(1) Los detalles para esta descripción están tomados de los *Apuntes Históricas* del coronel Antonio López oficial entonces del batallón *Vencedor*.

car á un cirujano, y lo único que pudo brindar al abatido Virrey fué una taza de *thé*: "eso es, á la verdad, la única cosa que podría tomar ahora; una sola taza me reanimaría y me preservaría de empeorar y de un desvanecimiento."

Laserna, fué después trasladado por orden del victorioso Sucre y acompañado por éste á sitio más reservado.

Con razón Bolívar decía en nota oficial al general Alvarez, nombrado, después de Ayacucho; virrey interino: "Sabrá U.S. que la nube cargada de tempestades que tronó en el Atlántico voló al Pacífico para ir á descargar sobre el campo de Ayacucho los rayos que le sobraron en Carabobo."

XI.

Sucre continuó su carrera triunfal por el Alto Perú, y convocado á una asamblea para el 10 de Julio de 1825, declaró la independencia de aquellas provincias bajo el nombre de República de Bolivia, y en Abril de 1826, el Congreso Constituyente nombró al general Sucre presidente vitalicio.

Pero el caballeresco guerrero no se creía con derecho á mandar en aquel país adonde le condujo la victoria, y alarmada su modestia sin par y su desinterés sin rival, procuró atenuar en sí mismo su nombramiento, aceptándole únicamente por dos años, el Washington del Sur, como lo nombra un escritor chileno.

Honrado y conciliador, esclavo de su deber, magistrado recto y justo, se ocupó en la organización del país, y con su benévola moderación procuró cicatrizar las heridas causadas por la guerra.

Pero no había concluido la lucha: bastardos intereses levantaron obstáculos en su camino, y dos motines fueron el resultado de las maquinaciones é intrigas, á pesar de haber salido ya del país la división colombiana, pretexto de todos aquellos trastornos. (*El 27 de Abril*).

El 27 de Abril de 1828, escribía el general Sucre al Libertador de Colombia; de su carta copiamos algunos párrafos.

"Mi general, esta carta será corta, pero importante: el 18 del corriente se sublevó la primera compañía de granaderos á caballo que formaba toda la guarnición de esta ciudad, á pretexto de dinero; creí contenerla echándome encima, pero habiéndome recibido á balazos, me hirieron gravemente en el brazo derecho. Tras este amotinamiento, se apoderaron algunos facciosos de la tropa y pretendieron dar al tumulto un aire de revolución popular. Todas las cosas se han restablecido y las autoridades restituidas á sus puestos. Hasta hoy han llegado de Potosí y Oruro, más de trescientos hombres de tropa, que al saber las novedades han marchado con una celeridad grande á salvarme y á salvar las leyes. Debo decir en honor de Chuquisaca, que ninguna persona de respetabilidad se ha mezclado en este alboroto y que, en medio de los malvados, mi casa estaba, día y noche, llena de personas decentes. Mi herida impide que ejerza el gobierno, y lo delegué el mismo día 18 en el Consejo de Ministros conforme á la Constitución."

"No desempeñaré otro acto de la pre-

sidencia que instalar el Congreso y leerle mi mensaje; pienso abreviar la reunión del Congreso. Adió, mi querido general. Por Setiembre estaré en Quito, pero nadie me hará emplear en servicio público; llevo la señal de la ingratitude de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la guerra de la independencia pude salir sano."

"Como no podré firmar en dos ni tres meses, lo hará por mí el comandante Andrade."

Al vergonzoso atentado del 18 de Abril, siguió otro más indigno aún, pues los amotinados sacaron de su casa, herido y enfermo, al vencedor de Ayacucho, y le hicieron prisionero.

Hecho un convenio y convocado el Congreso, pensó Sucre no sólo en retirarse del mando, sino en salir del país, depositando en manos de algunos diputados tres pliegos que encerraban su renuncia de la presidencia, la organización del Gobierno provisional y las propuestas para la vicepresidencia que, según la Constitución le tocaba hacer.

Inmediatamente después salió de Bolivia para su patria, tocando en el Callao, en donde ofreció al Gobierno ser mediador en la guerra entre Perú y Colombia.

La generosidad de Sucre fué escuchada con glacial desdén, y el noble vencedor salió para Guayaquil y desde allí escribió al Libertador.

En uno de los párrafos decía: "Estaré en Guayaquil cuatro ó seis días y haré cuanto pueda por llegar á Quito el 30 de este mes para reunirme á mi familia. Hará sesenta y seis meses cumplidos que me separé de ella: vuelvo á Colombia con el brazo roto por consecuencia de este alboroto revolucionario y por instigación del Perú, á quien he hecho tantos servicios, y de algún boliviano que tiene patria por mí. Traigo por toda recompensa la experiencia que me han dejado los sucesos, y ellos me harán pertenecer á mi familia como tantas veces he dicho á V. y como es mi voto y ambición

"El servicio á pueblos ingratos me es tan molesto como la carrera pública. Antes de pasar á suelo colombiano repito esta declaración, así como repito que el mayor premio que pueda recibir por mis servicios, es la amistad y el afecto del Libertador de mi patria."

A principios de Octubre estaba ya Sucre en Quito, y apenas repuesto de su herida, tuvo noticia de que tropas peruanas se preparaban á invadir el territorio colombiano, y con fecha 14 de Noviembre escribió el esforzado campeón de la libertad al comandante en jefe del ejército del Sur y al ministro, lo siguiente:

"Si la tierra colombiana fuera pisada por algún enemigo y se dispusiera una batalla, sirvase V. S. manifestármelo ó hacerme alguna ligera indicación. Cualquiera que sea el estado de mi salud volaré al ejército, y en el puesto que se me señale participaré con mis antiguos compañeros de sus peligros y de la victoria".

La invasión peruana se efectuó presentándose una escuadra frente á Guayaquil.

Entonces el Gobierno, aceptando el ofrecimiento del Vencedor de Ayacucho, le nombró Director de la campaña, y por su segundo al valiente y después ilustre General Flores.

No desmintió su natural actividad el noble héroe de Pichincha, y viendo que sus esfuerzos para evitar la guerra eran inútiles y que el enemigo ocupaba el Portete, determinó dar la batalla, añadiendo el 27 de Febrero de 1829 un lauro más á su corona de gloria, y nuevos timbres de generosa hidalgüía en las bases que propuso á los peruanos para la capitulación, talvez demasiado ventajosas para el enemigo que se retiró derrotado y reducido á *dos mil quinientos hombres, resto de ocho mil cuatrocientos que habian invadido á Colombia*. (1)

La brillante y heroica acción de Tarquí fué la última del guerrero virtuoso y leal, del patriota digno y consecuente.

Figuró después en el Congreso Constituyente de Bogotá en Enero de 1830 como diputado por el Ecuador, y presidente de la Asamblea, cuando Bolívar se retiró del mando, quien al entregarle su mensaje le expresó su confianza, pues que dejaba el Congreso presidido *por el más digno de los generales de Colombia*. (2)

El Gran Mariscal de Ayacucho, asistió también como comisionado á las conferencias en el Rosario de Cúcuta, entabladas con los diputados de Venezuela para mantener en Colombia la organización federal.

Con este motivo se manifestó en grado superior la grandeza de alma de Sucre. Expresó que para regir los destinos de la patria se necesitaban hombres nuevos, y que los que hubieran sido Generales en Jefe, Presidentes, Vicepresidentes, Consejeros de Estado y Jefes Superiores en cualquiera de los Estados de la nueva federación, quedaran excluidos de mando durante un largo período.

Noble y sublime patriotismo, pues que al excluirse, á sí mismo, daba el ejemplo y hacía comprender que las naciones necesitan renovación de ideas y renovar glorias y gobernantes para el bien general.

Como todo fuera inútil, y Sucre viera con profundo pesar que cada día peligraba más la salvación de Colombia, y deseando únicamente consagrarse á la felicidad de su hogar y al amor de su esposa (3) y de su hija, exento de ambiciones, cansado de la política, no pensó sino en regresar á Quito, y á fin de Mayo salió para Popayán.

Como generalmente se cree que la última carta que escribió días antes de su salida de Bogotá, es la dirigida al Libertador y que éste recibió en Turbaco, la reproducimos.

"Mi general: cuando he ido á casa de U para acompañarlo, ya se había marchado; acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida; ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé que decir á usted!"

"Más no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de

(1) RESTREPO.—*Historia de la Revolución de Colombia*, tomo 4º, pág. 176.

(2) Elogio que aseguran ofendió al General Urdaneta, que era también miembro del Congreso. Al publicar el discurso en la Gaceta Oficial se cambió diciendo: "por uno de los más dignos generales de Colombia".

(3) Doña Mariana Carcelén de Sucre era quítana, y hemos conocido en Guayaquil á la inteligente escritora Doña Dolores Sucre, descendiente del Gran Mariscal.

mi alma respecto á V.; V. lo conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad, la que me ha inspirado el más tierno afecto á su persona: lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que V. me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo”.

“Adiós mi general: reciba V. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de V. Sea V. feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.—Antonio José de Sucre.”

Se cree que esta carta fué escrita á 8 de Mayo de 1830.

XII

El general Sucre era fiel y entusiasta amigo de Bolívar, y constantemente aumentaba ó sostenía con sus palabras la popularidad del hombre á quien admiraba y amaba. Esta amistad tan pura y desinteresada le había creado numerosos enemigos al mariscal de Ayacucho, y tal vez fue la base de su trágico fin, tanto más cuanto que expresamente habíase difundido la idea de que pensaba influir para que el Sur de Colombia se independizase, bajo el protectorado del Perú, y llevando más lejos la calumnia aseguraban sus enemigos que Sucre trabajaría para coronar á Bolívar y que tal vez éste recobraría su dominio sobre Colombia.

Lo cierto es que de Bogotá se enviaron correos á todas las poblaciones por donde debía pasar y que *El Demócrata*, órgano del partido exaltado, decía el 1º de Junio de 1830: “Puede ser que Obando haga esa Sucre lo que nosotros no hicimos con Bolívar, y por lo cual el Gobierno está tildado de débil y nosotros todos y el Gobierno, carecemos de seguridad”.

Habían circulado funestos rumores en Popayán, y los amigos del caballeresco Sucre intentaron continuara su viaje por Buenaventura y Guayaquil, y desistiera de seguir por Pasto, pues que allí con motivo de la guerra de 1822 á 23, tenía rencorosos enemigos.

¡Inútil empeño! El noble guerrero jamás había conocido el temor y hasta sin escolta y apesar de recordarle algunos de sus adictos, entre ellos el alcalde de Patía, que en la montaña se albergaban alevosos guerrilleros, no consintió y con tres compañeros y los arrieros, conductores en mulas, de su equipaje, se internó en la montaña que difícilmente escalaban los caballos. Durmió en el Salto de Mayo en casa del célebre asesino y guerrillero Erazo, que era temible en el país; al día siguiente continuó su viaje y no había andado dos leguas cuando la noche les cubrió con sus sombras.

En Venta Quemada, en donde pernoctó por la vez postrera de su existencia se encontró á Erazo á quien había dejado muy atrás, y que por otro camino se había adelantado. El general manifestó su sorpresa, pero Erazo logró disiparla con insignificante pretexto.

Allí también se reunieron otros tres con Sarria, guerrilleros como Erazo y Apolinar Morillo, antiguo oficial del ejército venezolano, expulsado del Ecuador

por el comandante general del departamento de Quito, Barriga (1), siendo Morillo el terrible jefe de aquel bando de asesinos pagados por individualidades que deseaban la muerte de Sucre y que tomaban por pretexto, la salvación de la patria y el encono contra Bolívar.

Sarria salió para el Salto con Erazo, donde debía esperar la noticia del asesinato para llevarla á Popayán; y Morillo y los tres asesinos fueron á tomar su puesto y á esperar á la víctima.

Muy de madrugada salió Sucre, despatchando delante de él á sus peones y equipajes, y únicamente acompañado por el diputado por Cuenca, García, por un ordenanza y su leal asistente Caicedo. El camino del bosque de Berreucos, era sombrío y enmarañado con malezas y gigantescos árboles que dificultaban el paso de los caballos.

Uno á uno entraron en aquel laberinto hasta llegar á obscurísimo y estrecho sitio llamado Angostura de la Jacoba ó del Cabuyal, en donde era más espeso aún el follaje y más enmarañado. En aquel instante sonó un tiro y en seguida dos ó tres más: Sucre cayó, atravesada la cabeza por un balazo, y el pecho y cuello por cortados de plomo. (2)

El héroe de Ayacucho había dejado de existir. El que había sido respetado por las balas en el campo de batalla, moría en siniestra encrucijada á manos de cobardes asesinos.

El diputado por Cuenca, al escuchar los tiros, huyó hasta encontrar á los arrieros. Lorenzo Caicedo, asistente del General, voló á socorrerlo; pero era tarde; corrió á la Venta Quemada; nadie se atrevió á ir á la montaña. Sólo horas después el soldado y otros dos mozos fueron en busca del cadáver y lo trasladaron á un prado llamado la *capilla*. Allí se le dió sepultura á la mañana siguiente. Tenía entonces Sucre treinta y siete años.

“Los tres soldados que con Morillo asesinaron al héroe, recibieron,—dice D^a Soledad Acosta de Samper,—diez pesos cada uno en premio de su crimen, y no los habían acabado de gastar cuando murieron envenenados. Quién les mandó envenenar? ¿Quién si no aquellos que los habían ocupado?”

La opinión publica unánime, designó al general Obando, comandante general del departamento de Pasto, como autor del crimen, pues cuando llegó Morillo desterrado del Ecuador, lo mandó llamar y le dijo *se había fijado en él para aquella misión patriótica*, y le dió carta para Erazo, concebida en los siguientes términos:

“Bucaco, Mayo 28.

“Mi estimado Erazo: El dador de ésta le advertirá de un negocio importante que es preciso lo haga con él. Él dirá á la vez todo, y manos á la obra. Siga todo lo que diga y V. dirija el golpe. Suyo,

JOSÉ MARÍA OBANDO”.

(1) Esposo más tarde de la viuda del General Sucre.

(2) La ilustre escritora colombiana D^a Soledad Acosta de Samper, dice: “Cayó muerto entre el lodo del camino atravesado el corazón y horadada la cabeza con sendos balazos.

A esta carta le adjuntó otra el comandante Antonio María Alvarez, (1) y la protección dispensada á Morillo era la prueba más segura de la culpabilidad.

Erazo y Sarria fueron presos en Popayán por sospecha, pero al día siguiente, por misteriosos medios, estaban en libertad.

En 1839 persiguiendo al guerrillero pastuso Andrés Noguera y habiendo encontrado unas cartas de Erazo en las que resultaba ser espía contra el Gobierno y á favor de los facciosos de Pasto, se dió orden para prenderlo, y al efectuarlo, el feroz asesino palideció, y su mujer Desideria Meléndez no pudo contener el llanto.

Ambos creyeron que el asesinato del general Sucre era la causa de su desgracia.

“El culpable,—dijo la mujer,—no fué José, sino Apolinar Morillo.—¿Apolinar Morillo? preguntaron los soldados que no tenían por qué ocuparse de un militar insignificante que vivía entonces en Cali retirado del servicio militar.—Sí: el coronel Morillo,—añadió la mujer,—y lo puedo probar, porque previendo este caso guardé las cartas que trajo este militar de parte del general Obando y del comandante Alvarez; con ellas mi marido podría sincerarse.—Entonces se comprendió que aludía la mujer de Erazo al asesinato del Mariscal de Ayacucho, crimen que nadie había olvidado nunca y que hacía muchos años que no se averiguaba quienes fueran los culpables. Erazo entonces, casi sin que le interrogasen, confesó que el 3 de Junio de 1830, estando él en su casa en el Salto de Mayo, donde había dormido la noche anterior al asesinato del general Sucre, había llegado precipitadamente el entonces capitán Apolinar Morillo, con cartas de recomendación del general Obando, en las cuales le decía que auxiliase al capitán en una empresa que tenía entre manos. Que Morillo le dijo llevaba orden de matar al general Sucre, para lo cual él debía prestarle su contingente.

XIII

La escolta que llevaba preso á Erazo, informó á las autoridades de Pasto de la declaración de éste, y en la casa malhadada de Salto de Mayo, centro de todos los bandidos de los contornos, se encontraron las cartas que había indicado la mujer de Erazo, y por las cuales se redujo á prisión á Morillo, el que al prenderlo, exclamó: “Gracias á Dios: al fin podré hablar, podré desahogarme; este crimen no me dejaba vivir.”

Morillo pereció en un patíbulo en 1842; Erazo en presidio á perpetuidad; el comandante Alvarez, fusilado después de una batalla, y Sarria en el destierro. En cuanto á Obando, sufrió desastrosa muerte en un combate: fué alanceado.

Todos ó la mayor parte de los que consintieron ó ayudaron al horroroso asesinato del general Sucre, han tenido trágico fin.

El bizarro y generoso Sucre sucumbió el 4 de Junio de 1830, Solitario y abandonado en humilde fosa permaneció el cadáver del Bayardo americano, has-

(1) Delante del cual Obando tramó la muerte de Sucre.

DISCURSO

DEL

Sr. Dr. D. MANUEL B. CUEVA.

Presidente del COMITÉ SUCRE,

LEÍDO EL

24 DE MAYO DE 1900

Señores:

EN nombre del "Comité Sucre", á quien represento, aunque inmerecidamente, os saludo y felicito, con toda la efusión de mi alma, por el febril entusiasmo con que habéis sabido responder á nuestro patriótico llamamiento, presentando ante el mundo en esta fecha inmortal el espectáculo más hermoso que puede ofrecer un pueblo civilizado y libre.

Yo me abrazo con mi adorada Patria, y me aborzo con ella, porque veo, con fruición infinita, que lazos de fraternidad, santificados por los manes de Sucre, unen en estos momentos á todos mis compatriotas. Oh! que estos lazos fueran eternos!

Y por qué no han de serlo?—¿Acaso el héroe de Pichincha no nos legó, junto con la independencia y la libertad, las más preciosas y sólidas virtudes para formar y mantener esos eternos lazos de fraternidad? Admiramos á Sucre como á héroe; pero le amamos también con todo el fervor de nuestra alma. Por qué le amamos en tan alto grado?—Porque poseyó y practicó las más eminentes virtudes cívicas; virtudes que pueden ser también nuestras y labrar la grandeza y ventura de nuestra Patria.

Sucre no fué sólo un gran Libertador. Fué también el hombre de la paz, de la democracia y la República, llevando como llevaba en su seno riquísimos tesoros, los más adecuados para inculcar la moralidad política y afianzar las nuevas instituciones.

Héroe de cinco Repúblicas, su espada fué siempre nuncio de victoria; y los pueblos, llenos de admiración y gratitud, le bendicen; y la fortuna, enamorada le acaricia; y la fama, delirante, pregona sus glorias; y los laureles y coronas fatigan sus sienas; y el nombre de Sucre vuela, con ruido inmenso, por todos los ámbitos de América. ¿Quién no sabe, señores, qué el vencedor de Pichincha y Ayacucho se halla circundado de gloria inmarcesible? Y sin embargo, hay un solo hombre, que lo ignora. Ese hombre admirable es Sucre, el modesto, el esclarecido Sucre. Las glorias que acababa de conquistar no eran de él, decía con modestia angelical; esas glorias eran de Bo-

lívar, porque no había hecho sino obedecer sus instrucciones; eran de su Patria, porque en su amor se había inspirado; eran del ejército patriota, porque á su denuedo y heroísmo se debía la victoria. Sucre no reconocía para él más gloria, que el estrictísimo cumplimiento de sus deberes, en el difícil é inmenso campo de acción en que le había colocado la Providencia. ¡Qué ejemplo, señores, para los que aún bregamos en la azarosa vida pública! Cumplir el deber con honradez y energía, sin más aspiración que el bien y la felicidad de la Patria, y sacrificarlo todo, todo, en aras de este ideal, oh! señores, qué hermoso ejemplo de abnegación, moralidad y verdadero patriotismo! Si después de cumplido el deber viene la gloria, como lógica consecuencia, que venga en buena hora, como vino para el modesto Sucre; y entonces que la perpetúen la historia y la gratitud nacional al través de los siglos y las generaciones.

Sucre no fué ambicioso; por eso fué modesto.

Por eso, á raíz de sus gloriosos triunfos, desecha la Presidencia de Bolivia; y si á la postre la acepta, es sobre condiciones que enaltecen, más y más, su abnegación y desprendimiento.

Por eso, con encantadora ingenuidad y hasta con ademán suplicante, se resiste á aceptar los honores que los pueblos libertados por él, le tributaban á porfía; pues no cree merecedores de esas glorias sino á Bolívar y á Colombia.

Por eso, cuando la gratitud nacional adorna su pecho con medallas de oro y de diamantes, él se siente ruborizado, con ese rubor tan propio del hombre inmaculado que cree no haber hecho otra obra que el cumplimiento de su deber.

Por eso, al recibir de manos de Bolívar la corona de oro obsequiada por los patriotas bolivianos, la pasa en el acto á las sienas del General Córdova; porque, en concepto de Sucre, no era él sino Córdova quien con su heroísmo había decidido la batalla de Ayacucho.

¡Qué hombre! señores; qué hombre! Y en qué tiempos! cuando el orgullo, la ambición y las más desapoderadas pasiones rugían como tempestad.

Sucre olvida su personalidad, su bienestar, y hasta sus glorias, para no pensar sino en la causa pública, y entregarse á su servicio con heroica y sublime abnegación. Sueña con la libertad de un mundo; ama con delirio las glorias de Bolívar y de Colombia; anhela con vehemencia el triunfo de la democracia y de la república, que es la causa del derecho, de la justicia, de la fraternidad y la igualdad; y en este

camino no hay obstáculos que no supere, ni sacrificios de que no sea capaz. ¡Cuántas veces, por salvar la causa santa de la libertad, no vaciló en sacrificar hasta su nombre, hasta su reputación, cuando las graves circunstancias del momento requirieran de él este heroico sacrificio.

Sucre, inteligente, estadista, atinado y honradísimo gobernante, fué además el apóstol del amor en el gran escenario de la redención americana. Nunca abrigó odios ni venganzas en su corazón. Vió caer, uno á uno, á los seres más queridos de su familia bajo el plomo ó el puñal de los españoles; y aún herido así en las fibras más delicadas de su existencia, nunca supo vengarse sino á lo grande, perdonando y resignándose ante los inescrutables designios de la Providencia.

En los días gloriosos de la emancipación, ocurrió una inmensa desgracia. La sangre de millares de prisioneros corria á torrentes, en fuerza de la guerra á muerte decretada por un destino fatal. La Libertad vestía de luto, y el mundo civilizado se tapaba la cara. Mas, aparece en la sangrienta escena la noble figura de Sucre, como el genio de la clemencia, la piedad y la beneficencia, y vuelve por los fueros de la humanidad y la civilización, mediante un tratado que electriza á Bolívar y arranca de esa alma olímpica exclamaciones como éstas: "Este tratado es digno del alma del General Sucre; la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada á la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho."

Sucre no obraba, no se movía sino al impulso de nobles ideas y elevados sentimientos, en perfecta conformidad con las leyes que rigen la naturaleza del hombre y de la sociedad, y que hacen entrever sus grandiosos destinos. No concebía el cómo pudiera existir la libertad sin la base de la dignidad humana, ni cómo podrían comprenderse los derechos sin haberlos estudiado antes en la escuela de las obligaciones; ni menos la existencia de la república sin las virtudes que son como el alma de ella, ni el imperio del orden y la moral sin el severísimo cumplimiento de las instituciones patrias. Por eso fué buen ciudadano y excelente magistrado.

Fueron tantas y tan brillantes las virtudes de Sucre, que al contemplarle al través de la epopeya de la Independencia, se destaca la figura del ángel antes que la del héroe. Y los ángeles, señores, los ángeles protectores de la humanidad, no vienen sino de siglo en siglo; y su tránsito por la tierra es siempre rá-

vido, porque no hay aquí atmósfera para esos seres immaculados, hijos de otros mundos mejores, en donde se vive la vida de los eternos afectos y las eternas purezas. Pero ellos, al partir, nos legan siempre un tesoro de valor infinito: LUZ Y VIRTUDES, junto con el precepto solemne de conservar y acrecentar la sagrada herencia, en bien de la Patria y de la humanidad.

Sucre, que tanto nos amó y nos dignificó, dándonos patria y libertad, se presenta ahora, majestuoso y resplandeciente, en las faldas del Pichincha, pidiéndonos cuenta del uso que hemos hecho de la rica herencia que nos transmitió. Su mirada se fija en el pasado, y sombras de tristeza anublan su semblante. Mas ¿para qué hablar, señores, de un pasado doloroso, si las coronas de esta fecha inmortal hemos de tejerlas, no de espinas, sino de flores, y esas flores no han de estar mojadas con lágrimas ni sangre, sino vivificadas por los aromas de la más santa gratitud? Volvamos, más bien, la vista al porvenir, con valor y con fe, y recordemos que hoy es el día de las grandes promesas, el día de los solemnes juramentos en el templo de la Libertad. Ofrescámonle á Sucre algo digno de sus sacrificios y virtudes, algo más grande que estas espléndidas fiestas, algo de lo más noble, de lo más rico que puede atesorar una alma republicana: jurémosle, queridos compatriotas, que hemos de imitar sus virtudes, que de hoy más, hemos de amarnos como hermanos; que hemos de velar, como buenos, por el bien inestimable de la paz; y que todos, unidos y de consuno, hemos de hacer del Ecuador una patria grande, feliz y venturosa.



LA PATRIOTA Y LA REALISTA

MADRE, ya cesa el estruendo,

Ya cede la gritería;
Parece que, entre fragores,
Se vino abajo el Pichincha.
¿Quién triunfó? Rayos serpean
Que me deslumbran la vista,
Y se enajena la mente,
Y el corazón me palpita.
Como que siento temores,
Como que tengo alegría,
Y algo de grande y hermoso
Mi pensamiento adivina.
¿Quién triunfo?

—Los insurgentes

Han debido ceder, hija,
Como es justo.—Se han batido,
Como fieras, en Pichincha.
—Con los bravos del monarca
Y leales de Castilla,
Y ya Don Melchor, apuesto,

Se los lleva de vencida.
Triunfó Fernando.

—Ha durado
Muy largas horas la lidia.
—Los insurgentes, no hay duda,
Luchan con tenaz porfia,
Y en darlas de independientes,
Tercos y malos, se obstinan.
—Independientes! me gusta
Este nombre, madrecita;
Es simpático y . . .
—¿Qué entiendes
De tales jarañas, niña?

—Yo pienso que independencia
Es como joven bonita,
Nunca sujeta, mas libre
Y señora de sí misma,
Que manda sin que la manden,
Ni da cuentas de su vida
Sino al Señor y . . . me encantan
Los patriotas madrecita.
—Cómo! ¿Has perdido los sesos,
Y estás delirando, niña?
¿Qué sabes tú de patriotas,
De independencias y lidias,
De libertad y . . . tu lengua
Es hoy aguijón de avispa.
—Cállese! se va acercando
El alboroto.

—¿Qué hay, hija?
—Que los triunfantes comienzan
A descender de la cima.
—Pues ganó el rey.

—Los soldados
Bajan exclamando ¡viva!
¿Quién vivirá?

—Inocentona!
Fernando siglos y . . .
—Mira,

Madre, qué alegres asoman,
Y cómo se precipitan.
Ay! que traen prisioneros.
—Toma, insurgentes.

Y brillan,
Que dan miedo, las espadas;
Qué rostros, qué . . .
—Calla, Elvira.

—Diana tras diana, atronando
Vienen toda la colina,
Y como nadando en glorias
Está de *El Placer* la quinta.
—Ya vencimos.

—Qué gallardos

Me parecen . . .
—Calláte, hija.

—Qué valerosos.
—Sin duda

Son españoles.
—Se pintan

En sus semblantes serenos
La bravura y la hidalgua.
—Son españoles: no admireis,
Son de raza.

—Madrecita,
¿Y no son los insurgentes
También de idéntica pinta,
De igual pujanza herederos,
Del honor celosos?

—Hija,
Pero, al fin, son insurgentes,
Y Dios nos libre si . . .
—Gritan

Triunfo y Sucre, madre.
—Necia,

Imposible! . . . éntrate, chica;
Deja la ventana, porque
Te ventan.

—Cómo se hacina

El pueblo.
—¿Dime tremolan

El pabellón de Castilla?

—No, madre; al iris semeja
La bandera . . . qué alegrías!
—Cómo! te burlas?

—De rojo
Tiene un listón.

—¿Qué mentira!

—Otro de jalde.
—Reniego!

—Otro de azul.
—Qué porfia!

Es una ilusión; no mientas.
—Es realidad, madre.

—Fija
Bien la mirada; que acaso
Los insurgentes fascinan.
Tal pendón no tiene España,
Si no los pi . . .

—Madre mía,
Entonces los pi . . . triunfaron;
Ya! son ellos; se avecinan.

—Entra! que corres peligro
Con los soldados, Elvira.

Matan y saquean . . .
—Madre,

Soy curiosa en demasía.
—Como mujer.

—Un apuesto
Capitán llega á la esquina

De nuestra calle.
—Callada!

Éntrate más . . .
—Y su vista

Es de águila.

—Te asesino!
—Su talle esbelto.

—Loquilla!

—Es un Héroe: se parece,
Y de esto nadie me quite,
A los de novelas.

—Hola!
Conque novelas, Elvira!

—Da muestras claras el hombre
De bondad y valentía.

Ese es Sucre!
—Me atormentas.

—El entusiasmo me excita:
Oigo que es Sucre.

—Perdimos!

Triunfaron ellos ¡perfidia!
Éntrate; que es insurgente

Y una maldición, Elvira.
—Ay! qué insurgente tan lindo;

Le escogiera por mi . . .
—Afila

Esa lengua de . . .
—Ya pasa:

Sal á verlo, madre mía.

—Enemigo de Fernando,
Ni de soslayo . . .

—Bonita
Le bandera de los libres,
Azul, roja y amarilla.

Sal á verlo, madre.
—Salgo;

Que no me miren realistas.
Me agrada . . . y á hombre como éste,

Cual demonio nos lo pintan?
Desque me llamo Dolores

No he visto fisonomía
Mejor . . .
—Para no engañarse

Vale mirar una misma.
—Cree! que los insurgentes

Al diablo se parecían.
Qué guerrero.

—Los patriotas
Todos son así.

—Palpita
Mi corazón de temores;

Fuí partidaria.
—Realista,

No temas: míralo á Sucre
Sin arrogancias . . .

—Qué vival
Nariz aguileña, qué ojos.
—Ojos que han hecho conquistas
De libertad.

—Calla!
—Siento
Dentro del alma una
—Elvira!
Más moderación.

—Saluda.
El General: ¿digo viva?
—No tanto: basta mostrarle
Buena cara.

—Tengo envidia:
Quién fuera esposa de Sucre!
—Llegas al delirio, niña.

—Cómo enamora un valiente,
Cómo un adalid sublima,
Cuánto un campeón deslumbra
—Perdió la cabeza.

—¡Libres!
—¡Libres!
—Todo está bien, hija mía:
Ya no imperará Fernando
En América; la antigua
Dominación se derrumba
Entre humo y sangre, y altiva
La República aparece
En el porvenir.

—Mil vivas!
A la República.

—Cedo:
Todo está bien, hija mía;
Pero el capitán valiente,
Idolo en Quito y delicia,
En pago de sus hazañas
Y la libertad traída
—Qué tendrá?

—Conozco el mundo,
Y son historias sabidas,
Tendrá, talvez, desengaños,
Muerte prematura y

—Gritan:
Gloria á Sucre: las tristezas
Vendrán más tarde.

—Eres niña:
De vieja verás; ahora
Gózate con tu alegría.
—Cuán llena estoy de entusiasmo;
El sol de Mayo rutía;
Olvídate de los godos,
Madre.

—Los olvido, Elvira.
Por acabados.

—Cantemos
La batalla de Pichincha.

QUINTILLIANO SÁNCHEZ.

HEROE Y MARTIR

ENTRE los próceres de nuestra emancipación política, el vencedor en Pichincha fue quien llevó más alta la victoriosa bandera de la Gran Colombia.

SUCRE es el héroe inmaculado en la epopeya de la independencia de esta parte del continente descubierta por Colón. La libertad era para él algo sagrado, religioso, místico y en su alma repercutía el eco de la voz lejana de un mundo que quería ser libre.

El imán de toda su noble vida fue la libertad del Continente en que vivió héroe y murió mártir.

Su raro sentido moral le hizo evitar todas las faltas; tenía necesidad de rectitud al rededor suyo y, por esto, su cabeza prodigiosamente lúcida, su asombrosa inteligencia, no bastaron á evitarle el peligro que le creaba su conducta fiscalizadora, en esos tiempos caliginosos para la virtud.

El alma del Gran Mariscal de Ayacucho era de diamante para resistir el choque de las pasiones y por sus mil facetas despedía rayos de luz, pero sus fuegos interiores le hacían brillar sin quemarle. Fue un espíritu superior, no se le puede hacer el reproche de haber sido subjetivo, no se ocupó jamás de sí mismo, se dejó arrastrar, absorber por el ebjeto, es decir, por lo que estaba ante él: la humanidad y la historia. En él ningún orgullo, ninguna presunción, ninguna de esas pasiones vergonzosas que extravían á los hombres, para hacerlos desgraciados.

El Abel de Colombia fue perseguido por la envidia y la ambición. La envidia, roedor moral que se ceba en los vivos; la ambición desapidada, ceguera fatal que precipita á los hombres, con la rapidez de la pendiente, en los abismos del crimen.

La serenidad de su conciencia le llevó al alcance de las armas patriotas, mientras el profundo sentimiento de afección y de respeto que experimentaban por él los pueblos de la Gran Colombia le señalaba el sitio más elevado en el Capitolio.

La historia seguirá investigando la verdad en el crimen de 4 de Junio de 1830, pero sus revelaciones no llenarán el vacío que dejó la muerte del esclarecido héroe en el corazón de esta patria ecuatoriana, burlada hasta en sus primeras esperanzas.

El tiempo, que todo lo sepulta en el olvido, ha respetado el recuerdo de Sucre en el pueblo ecuatoriano, y este entusiasmo y agitación que se advierte, por el hallazgo de sus venerandos restos, son granos de incienso, derramados en las brasas de la gratitud, para honrar esas cenizas.

El discurso que más conviene para estas solemnidades, es el elogio que sale del corazón henchido de amor del sencillo pueblo: ese *viva* que brota espontáneo de sus labios, más bello que la belleza, más verdadero que la verdad, porque es el eco del más puro sentimiento de admiración y gratitud.

SUCRE fue héroe, fue mártir y algo más: su virtud está por encima de todas las distinciones y en el regazo de ella se adormecía y deli-

raba, porque allí estaba satisfecha su alma y encontraba el secreto de su ambición y de su genio.

SUCRE fue como Marco Aurelio, superior á todos en bondad.
¡Ah! ¡Si supiéramos imitarle.
Serían curadas las llagas que nos devoran y que amenazan la vida de nuestra patria.

GLORIA A SUCRE!

D. B. T.

SUCRE

(EL 3 DE FEBRERO DE 1895).

SALUDAD al caudillo adolescente,
De la limpia espada,
Que alzó, ante el siglo, la gallarda frente,
De tempranos laureles coronada.

No como el sol se enciende,
Con enojosos rayos su fortuna:
Alumbra y nunca ofende
Su astro gentil, cual apacible luna.

En el revuelto campo de combate,
No furibundo impera:
Blando á la compasión su pecho late,
Y es en la lid paloma mensajera.

Si la contraria suerte
Sus huesos postra en improvisa rota,
Pide para él la muerte
Y el oscuro baldón de la derrota.

Y, cuando la victoria le condena
A la grandeza, la inclita corona
Ciñe á la sien agena,
Y al enemigo humillase, y perdona.

¡Noble adalid! Si no cundió su fama
Con el trueno y clamor del torbellino;
Si como astro sin llama
Negó su nombre al resplandor divino;

Si engalanó su gloria
Con la silvestre flor, si siempre esquivo,
Fue pudor su victoria,
Y su laurel la oliva;—

El caballero, el hombre
Gobernó sus instintos, soberano;
Y su nombre es el nombre
Más dulce del idioma americano.

Otro, el excelso padre de la guerra,
Estalló cual las raudas tempestades;
Y le adoró la tierra,
Y ante él enmudecieron las edades;

Bolívar—el más grande de los grandes—
Ebrío de gloria y lumbre,
Se alza, como en las breñas de los Andes,
Del Chimborazo la severa cumbre.

Pero el dulce mancebo,
El de la limpia espada,
Adonis de la lid, caudillo nuevo—
Dejó al morir su fama. inmaculada,

Y ¡oh dolor! esta gloria inofensiva
Que huyó el ansiado aplauso de las gentes,
A la lisonja esquivó;—
Despertó de la envidia las serpientes.

¡Perdonadle su fama! No perdona
Plebeya emulación tanta grandeza.
¡Ya arrancará á su frente la corona!
¡Ya el odio inicuo la asechanza empieza!

Y ¡oh abismos del humano pensamiento!
¡Oh insondable destino!
Cifó el laurel sangriento,
A esa frente—cobarde—el asesino.

Antes, cuando su brazo generoso
Empuñó el cetro y se extendió al abrazo
Y en el ageno bien no halló reposo;—
La insensata ambición le rompió el brazo.

Cuando Colombia en noche tormentosa
En ruinas y cadáveres se hundía,
Y el gran Libertador buscó la fosa—
Su grandeza en Colombia no cabía;—

El héroe sin mancilla,
Que en tierra hundió la servidumbre dura
Y arrancó un mundo al trono de Castilla;
Cayó en celada oscura.

Dióle la soledad su despedida,
Sus preces fueron los silvestres ecos;
Y su tumba escondida
Quedóse en la montaña de Berruecos.

Y como á inútil hoja
Que el viento empuja á término escondido,
Y á ignotas playas el océano arroja,
¡Se lo tragó el olvido!

Que la grandeza es triste,
Y la fama un delirio;
Que nada al crimen y al furor resiste,
Y se olvida aún la sangre del martirio.

Héroe, modelo de los héroes! Cuánto
Tiempo ha pasado de dolor y luto,
Hasta que, hoy, dando tregua á su quebranto,
La patria rinde á tu virtud tributo.

Tu sombra se levanta,
Airada está.... Preguntas por la herencia
Que nos legara tu valor: la santa
Libertad, la querida Independencia.

Temblemos: el puñal del asesino
Aún vibra en la emboscada.
No se trueca en el hierro campesino
La furibunda espada.

En esta sociedad que enferma rueda,
Atada á la picota de la historia,
En esta oscura noche ¿qué nos queda?
Apenas la nostalgia de tu gloria.

Ay! ciudadanos, basta
De tanto horror! La patria que es eterna
No se vende en la pública subasta
Ni ante el poder, mendiga, se prosterna;

La Libertad, la de orgullosa cuna,
No es en las sendas pisoteada arista,
Ni al carro se enredó de la fortuna:
Que ella no se recibe—se conquista—

Aún en las venas arde
La sangre heroica de la lid.....Alerta,
Generación cobarde,
Cual otros tiempos, al honor despierta.

Junto á esta sacra tumba, do reposa
En sueño eterno el Héroe de los Andes,
La diestra en alto, en actitud gloriosa
Libres juremos ser, libres y grandes.

Y, dando larga tregua á la venganza;
Sobre este antiguo campo de pelea,
En noble liga, en invencible alianza,
Sea la paz y la grandeza sea!

Mientras emprende el astro del progreso
La sempiterna ruta
Y el ciclope jadeante busca acceso
En la pendiente hirsuta,

Juremos, ciudadanos!
Lo manda el Cielo! el Cielo nos inspira!
Juremos ser hermanos!
Juremos por la espada y por la lira.

Por la espada del genio adolescente,
Que en triunfal jornada,
Como un astro pasó resplandeciente,
Al través de cien pueblos, levantada.

Por la lira, que un día
Pulsaron, con insólito denuedo,
En el Guaire y el Guayas á porfía,
El grande Bello y el divino Olmedo.

Remigio CRESPO TORAL,

Caracas—1895.

